

DaBAR



Ciclo
A

31 de mayo de 2026
Santísima Trinidad

n^o
34

Año LII

Una vez más queremos agradecer la confianza que depositáis en nuestro trabajo al seguirnos cada semana y utilizar nuestros materiales, pero queremos recordaros que necesitamos de vuestra aportación económica para seguir adelante con este proyecto. Si puedes y quieres puedes apoyarnos con cualquier pequeña donación en nuestro número de cuenta IBAN ES78 2100 54413902 0007 9585.





Índice

Primera Página

Exégesis

Notas para la Homilía

Para la oración

La misa de hoy

Cantos

Dios habla



Primera Página

Celebramos un misterio

Hoy celebramos la santísima Trinidad, un misterio, una comunidad, una gracia de Dios, que tiene su gracia. No quiero meterme en complejidades teológicas porque no soy teóloga. Pero podemos entender este tres en uno: son familia, comunidad, relación y vínculo fuerte, se conocen y pueden comunicar sin errar lo que viene del otro, y son nuestra ayuda, la que necesitamos para poder llegar a Dios, un Dios trino.

Sin ser tres, no entenderíamos al hijo, la locura de su vida, el sentido de sus milagros, que tanto como sanaciones concretas eran signos, su entrega hasta el final, hasta dar libremente la vida, su resurrección y la capacidad que tiene al estar vivo de resucitarnos. Aunque nos cueste creerlo, aunque sean palabras que nos parecen tan solo bonitas, si quieres, Jesús puede resucitarte. Para creerlo tienes que conectar con la presencia del Espíritu Santo derramada en tu corazón. Sin Él no es posible.

Sin ser tres, sería imposible estar en Dios, no sabríamos que estando con y en Dios podemos vivir por Dios, hacer realidad a Dios, aquí y ahora, construir su Reino.

Sin ser tres, tendríamos mal el poder acceder a Dios, no descubriríamos que Dios llama a nuestra puerta y al que le abre le tiene preparado un banquete de vida y amor. Jesús dice en el evangelio de hoy, que el Espíritu de la verdad nos guiará hacia ella. Que lo que hable el Espíritu, igual que lo que ha hablado Él, viene de Dios, directamente y no lleva a Él.

En otro lugar del evangelio, Jesús les dirá a los suyos: os conviene que yo me vaya, para que el Espíritu baje sobre vosotros, para que

gracias a Él, logréis entender todo: mi vida, mis milagros, mis palabras, mis miradas, mis silencios, mis cercanías, mis opciones...

El Espíritu nos abrirá el corazón y el entendimiento para creer que es el Hijo de Dios, porque "el amor de Dios ha sido derramado en vuestros corazones con el espíritu Santo que se nos ha dado", y por él sabemos que nuestra esperanza no se verá defraudada, que las promesas de no soltarnos nunca de la mano, de Dios Padre, son ciertas, que el hijo del hombre es humanidad y divinidad, en una misma persona, y que vino para mostrarnos con claridad el camino, la verdad y la vida, que el Espíritu recibe de Jesús lo que nos va comunicando, Jesús lo recibe del Padre, en su generosidad infinita no se guarda nada para Él, por eso lo del Padre es de Jesús y el Espíritu de Jesús lo tomará para anunciarnoslos. Por eso el Espíritu no se separará de los evangelios, solo nos abrirá los ojos para actualizarlo y completar lo que Jesús no puedo decirles a sus discípulos, porque 'no podían cargar con esas cosas en aquel momento'. Ojalá todos tuviéramos la consideración hacia los demás que tuvo Jesús con sus amigos: medir lo que pueden cargar de la verdad, la verdad que tenemos sobre ellos, sobre el mundo... Jesús sabía de sus límites, y los respetaba, tenía una mirada cargada de espera y esperanza, algún día, con la ayuda de mi Espíritu podréis cargar con todo. Creía profundamente en ellos, ellos que no le entendían, que no sabían velar, y acompañarle... no importaba, mantenía la esperanza, contra toda esperanza. Lo sigue haciendo, entendamos o no la Santa Trinidad.

Elena Gascón
elena@dabar.es





Exégesis...

...un análisis riguroso

Primera Lectura

Contexto. Nos encontramos ante un texto de gran densidad, para comprenderlo debemos ponernos en la situación del Éxodo, la crisis más grave de todo el camino del pueblo por el desierto: el pecado de idolatría con el becerro de oro (Ex 32). Una situación que ha roto el pacto que Israel había hecho con Dios en el cap. 24. Moisés, astutamente, intercede y Dios decide renovar las tablas de la Ley. Estamos, pues, en un contexto de ruptura y reconciliación. La manifestación divina (teofanía) es la respuesta de Dios a la infidelidad humana, es la recreación de la alianza.

Texto. El v. 4b. que abre el relato nos muestra a Moisés cumpliendo las instrucciones divinas, sube al Horeb (Sinai) y lo hace temprano, madruga porque tiene prisa, le interesa reparar cuanto antes la situación con Dios. Mientras, el Señor desciende en la nube (un motivo clásico de la presencia divina, Kabod Yahvé), que revela a la par que oculta, confiriendo una cercanía que resultaría mortal de otro modo.

El texto es la autoproclamación de Dios (v. 5b). En el pensamiento semítico, el nombre revela la esencia y la presencia activa de la persona. Al revelar su nombre, Dios se está definiendo, se está entregando al hombre, le demuestra su amor.

La doble invocación (v. 6) expresa la plenitud del ser de Dios y nos muestra algunos atributos divinos: comprensivo (“raham”), mostrando una misericordia visceral, como la de una madre con su hijo; misericordioso (“hannun”), mostrándonos la gratitud del amor divino, una gracia que se inclina hacia el débil por pura bondad; lento a la ira (“erekh appayim”), Dios tarda en airarse, su atributo esencial es la paciencia, especialmente ante las provocaciones, como la del becerro de oro; grande en amor (“rab-hesed”) y fidelidad (“emet”), el amor de la alianza, la lealtad inquebrantable que crea un vínculo, de la que nos podemos fiar.

La respuesta de Moisés, recogida en los vv. 8-9 no puede ser otra que la adoración, postrándose y reconociendo la absoluta trascendencia divina; y una petición audaz, porque Moisés no se queda en el éxtasis contemplativo. Inmediatamente, aplica la teología revelada a la situación concreta del pueblo. Apoyándose en el “hesed” (en ese amor de alianza) que Dios acaba de proclamar, se atreve a pedir perdón y la renovación de la presencia divina en medio de ellos. Sabe que el mayor castigo no sería la muerte, sino que Dios no caminara con ellos. Su súplica final, “perdona nuestras culpas y pecados y tómanos como herencia tuya”, es la petición de volver a ser el pueblo de la alianza.

Pretexto. El texto nos habla de una relación, de la relación entre Dios y el pueblo. Dios ha revelado su esencia y su esencia es la relación. No se puede ser compasivo, paciente, misericordioso, no se puede amar y ser fiel si no hay un “otro”. El seno mismo de Dios contiene un flujo de amor y verdad



que llega a su plenitud cuando el Hijo se encarna y hace más palpables todos esos atributos. Vivimos momentos de fractura, momentos de becerros de oro, hemos roto las tablas de la alianza con nuestras infidelidades personales y sociales, individualismo, idolatría de la tecnología, indiferencia. El Dios que nos revela este episodio del Éxodo no es un Dios de venganza, de deudas y castigos, es el Dios de Cristo “compasivo y misericordioso”, el Dios capaz de encarnarse por amor. Y, a nosotros, lo único que nos cabe es adorarlo y pedirle su intercesión. ¿Me atrevo a pedir su misericordia? ¿Contemplo en silencio el misterio del Amor?

Equipo Dabar
rafa@dabar.es

Segunda Lectura

Estos versículos son el breve epílogo que Pablo pone a su carta. Parece que quiso dejar a los corintios una buena sensación después de tantas discusiones y enfrentamientos como tuvo con ellos. Les dice que estén alegres, que busquen la perfección, que tengan un mismo sentir y que dejen las rivalidades para que Dios esté con ellos. Aconseja que tengan un único pensar y un solo corazón como quienes verdaderamente se aman. La paz entre ellos será signo de que ya poseen los bienes mesiánicos. Y si viven como verdaderos cristianos, Dios estará con ellos y les concederá su amor y su paz con abundancia (v. 11).

Nombra Pablo el “beso santo”, símbolo de la fraternidad cristiana. Pablo se despide así en algunas de sus cartas simbolizando, quizá, un gesto litúrgico o, quizá, adaptando un saludo de los rabinos. En los saludos finales de las cartas de Pablo suelen aparecer bastantes personas, aunque no es el caso aquí. En esta carta, incluso al principio, sólo aparece un personaje: Timoteo (v. 12).

Acaba la carta con una bendición final. Es una de las más completas de las cartas de Pablo. Se desea, de manera explícita todo lo necesario para que los corintios se puedan salvar. Hay una triple distinción entre Cristo, Dios y el Espíritu Santo y la colocación del Espíritu junto a Jesús y el Padre, que son personas. Esta fórmula trinitaria final es única dentro de las cartas paulinas y es un gran confesión de fe en el Dios trinitario del Nuevo Testamento. Probablemente no hay ningún otro pasaje en las cartas de Pablo en el que con tanta concisión y brevedad se confiese al Dios trinitario. Pablo coloca en la misma línea a Jesucristo y al Espíritu Santo con Dios Padre mostrando que los tres contribuyen por igual, cada uno dentro de su campo, a la obra de la salvación. Se nombra en primer lugar al “Señor Jesucristo” quizá porque la bendición de Pablo solía empezar: “Que la bendición de nuestro Señor Jesucristo esté con vosotros” (v. 13).

Rafael Fleta
rafa@dabar.es

Evangelio

Contexto

En el marco del diálogo con Nicodemo, dentro del libro de los Signos, encontramos toda una catequesis sobre el nuevo nacimiento y la fe. La comunidad joánica atrapada entre la crisis identitaria provocada por la expulsión de la sinagoga y la apertura al mundo grecorromano, que le obliga a presentar el mensaje de forma que resulte comprensible al helenismo. De ahí el doble lenguaje judío (en boca de Nicodemo) y el helenista. Los versículos que hoy nos propone la liturgia constituyen el corazón de todo el discurso; seguramente, recogen más la reflexión teológica del autor que palabras literales de Jesús. Funcionan como una “inclusio” temática que resume el mensaje fundamental del cuarto evangelio: el amor de Dios manifestado en el envío del Hijo para la salvación. Hay que prestar especial atención al concepto “kosmos”, porque entender el término “mundo” es crucial en este análisis. “kosmos” es el mundo como obra material de Dios (1, 10a), pero también la humanidad (1, 10b), y, a la vez, es el sistema de pecado y oposición a Dios (7, 7). En este fragmento, se va a referir a las dos últimas acepciones, como humanidad y oposición a Dios.



Texto

Aunque el término “Trinidad” no aparece en el texto, la estructura trinitaria está implícita: el Padre ama y da, el Hijo es entregado, y la fe (posibilitada por el Espíritu cfr. 3, 5-8) es la respuesta que conduce a la vida eterna.

Para Juan, el amor es la cualidad de Dios (v. 16a), la partícula inicial “porque”, (omitida en la versión litúrgica), vincula estos versículos con el relato de la elevación del Hijo del Hombre como la serpiente en el desierto, para dotar de vida eterna, con lo que se aprecia ese amor de Dios como motivación última del plan salvador de Dios. Cuando Juan dice en griego “tanto” (“autōs”) no se refiere a cantidad, sino a su cualidad, a su modo de manifestarse, entregando a su único Hijo. El objeto de ese amor es el “mundo”, ese “mundo” que hemos visto que es esa humanidad, sometida al sistema de pecado y en oposición a Dios, por sorprendente que parezca, ese mundo que “yace en el maligno” (1Jn 5, 19), y que “no le conoció” (Jn 1, 10), porque Dios ama a este “mundo” sobre a pesar de todo.

El término “unigénito” (v. 16b) es clave en la cristología joánica y tiene el significado de “único en su género”, “singular”, “irrepetible”, no solo en sentido numérico (aunque también), sino que expresa esa relación única y exclusiva entre el Padre y el Hijo dentro de la vida trinitaria. La entrega, “edōken” indica la acción puntual y definitiva de la encarnación, pero también de la ulterior entrega en la cruz. Así, el don del Hijo revela la generosidad trinitaria: el Padre nos da todo, incluso a su propio Hijo.

Y todo, con una única finalidad: salvarnos (v. 16c), para que no caigamos en la perdición, desde una visión negativa; o, tengamos vida eterna, desde la parte positiva. Pérdida que, aquí, significa destrucción, ruina, pérdida definitiva; no una aniquilación, pero sí que una ruptura de la comunión con Dios. La vida eterna en Juan no es tanto una vida con duración indefinida, sino la participación en la vida misma de Dios, conocimiento del Padre y del Hijo (17, 3), una realidad que comienza en el presente y se consume en el futuro. La condición es “creer” un universalismo que se conjuga con la exigencia de una fe personalísima.

Desde el principio, el planteamiento de la misión es la salvación, no la condenación. El v. 17 explicita que la misión del Hijo es esencialmente salvífica, como lo fue la de la serpiente de bronce (Nm 21, 4-9). El verbo “enviar” (hapostéllō) es el mismo que utiliza Juan para designar la misión del Hijo por el Padre (cfr. 5, 26; 6, 29; 7, 29...). Jesús es el enviado por excelencia, el Apóstol del Padre. Dios no busca la muerte del pecador, sino que se convierta (Ez 18, 23), porque como dijo Benedicto XVI: “toda la revelación se resume en estas palabras: «Dios es amor» (1 Jn 4,8.16).” El término “condenar” (krisō) sirve también para “juzgar”, que en Juan es más una “autocondenación” provocada por la respuesta al Hijo, como recogerá poco después, quien rechaza la luz se sitúa voluntariamente en las tinieblas (3, 19-20), porque la venida del Hijo provoca una crisis, ya que la luz manifiesta lo que cada uno es.

Ese juicio no tiene otro criterio que la fe (v. 18), Juan lo recoge en una estructura paralela, donde creer implica la no condenación, mientras no creer conlleva que uno ya se ha condenado. Esa condenación no es futura, se da en el presente, el incrédulo no necesita esperar un juicio futuro, ya se ha colocado fuera de la comunión con Dios. “Creer en el nombre” es una expresión semítica que implica confiar en la persona revelada, adherirse a ella y aceptar su voluntad, el nombre (“hónoma”) representa la misma persona en su poder y autoridad.

Pretexto

En un mundo que vive desde el individualismo y la fragmentación, que tiene un ansia cada vez mayor de Dios, pero huye del compromiso, en plena crisis de sentido y esperanza por las guerras, las desigualdades y la incertidumbre, el texto de hoy nos habla de una Trinidad que no es solo un teorema, sino la buena noticia del amor de Dios; nos presenta a un Dios que es relación comunión y amor. Un amor que no se merece, solo se puede aceptar; proclama la salvación universal, pero no automática; y que nos invita a facilitar la vida del otro como reflejo de esta comunión trinitaria. Debemos aprender a presentar la Trinidad como un misterio de amor, un amor incondicional (que tanto anhela nuestra sociedad) y que solo podemos testimoniar desde la alegría de creer.

Enrique Abad
enrique@dabar.es



“Una relación”

Somos personas humanas por las relaciones que establecemos con los demás. Unas relaciones que nos sacan de nosotros mismos para abrirnos al misterio del otro, pero, al mismo tiempo, nos hacen tomar conciencia de nuestra propia e irreplicable singularidad. La persona que no se relaciona, que sólo vive para sí misma, se empobrece hasta quedar presa de su propio ensimismamiento y soledad. La persona que no vive para los demás está muerta. Por el contrario, convivir es vivir.

Para la fe cristiana, el misterio de Dios se expresa también en términos de relación y de vida compartida. Ya desde el Antiguo Testamento, descubrimos a un Dios que muestra un especial interés en convivir con los seres humanos. Y, aunque de forma ciertamente antropomórfica, expresa el deseo de pasar un rato con su amigo humano, allá en la montaña del Sinaí. Bella representación de lo que es una cita cuando en el libro del Éxodo leemos textualmente que Moisés madrugó y subió a la montaña y que, por su parte, el Señor bajó en la nube y se quedó con él allí. Se trata de una relación de amistad sincera, aunque desigual. Dios se presenta como compasivo y misericordioso, lento a la ira y rico en clemencia y lealtad. Y sin embargo, la humildad de Moisés ante tal despliegue de títulos y de trascendencia no le impide pronunciar su nombre, seguramente con temor y temblor, y pedirle perdón por las culpas del pueblo. Que Dios sea Dios no es el obstáculo, sino la razón que hace posible su relación con nosotros.

A partir del Nuevo Testamento, vemos más claro el porqué de esta admirable relación. Pues Dios se nos revela en Jesús como Padre y como Espíritu. Tras la persona de Jesús y de su progresiva manifestación y reconocimiento como Hijo, ya no nos cabe ninguna duda de que Dios es esencialmente relación, comunicación y comunión de personas. Por eso, los cristianos adoramos al Dios uno y trino. Y, sin embargo, como en el caso de Moisés, la grandeza, trascendencia y hasta, si queremos, el enigma de tal formulación no supone obstáculo alguno para nuestra relación con Él. Pues se nos ha dado la capacidad para reconocer la gloria de la Trinidad, adorar su unidad todopoderosa y alegrarnos profundamente de su grandeza. Y, en esa apertura a lo divino, descubrir y experimentar nuestro ser más auténtico.

El misterio de la Santísima Trinidad no supone un desafío para la razón humana, como tantas veces se nos ha repetido, sino una propuesta de vida, la misma que vivió Jesús. Y así, en cuanto

Notas para la Homilía

puesta en práctica, comprendida también por el conocimiento personal. Las lecturas de hoy nos abren el camino al proponernos vivir según una actitud, una disposición y un talante.

La actitud no es otra que la de la humildad ante Dios. Como Moisés, nos relacionamos con Dios siendo conscientes de la enorme distancia que nos separa de su grandeza, misterio y trascendencia. Vislumbrar su santidad implica descubrir de inmediato nuestra condición pecadora. Nuestra relación con él no puede ser banal. Como decía un antiguo eslogan: Dios es familiar, pero no es un electrodoméstico. Situarse en presencia de Dios y su misterio es esencial para la fe.

Disposición, la de la alabanza: ¡A ti gloria y alabanza por los siglos!, hemos repetido en el salmo. Pues, aún en nuestra humildad, se nos ha dado alabar su gloria y encontrar en este ejercicio nuestra dicha. No es la oración de acción de gracias la que más nos cuesta, sino la de la alabanza. En ella, salimos de nosotros mismos y de los cansinos temas personales que nos tienen absortos, para adentrarnos en la misma vida de Dios y en ella encontrar sosiego, paz e iluminación sobrenatural. Y un sexto sentido para comprender lo que Dios quiere de mí. Una experiencia al alcance hasta del cristiano más sencillo, cuando de forma atenta y devota pronuncia en cualquier momento del día: “Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo”, o cuando simplemente se signa.

Y, finalmente, un talante: la vida comunitaria. El “Tanto amó Dios al mundo, que entregó a su unigénito...” que refiere el evangelista san Juan se ha de transferir a la comunidad de los hermanos para que vivamos la presencia del Dios del amor y de la paz: Alegraos, trabajad por vuestra perfección, animaos unos a otros y tened un mismo sentir, dice Pablo a los Corintios. Cuando nuestras relaciones, incluso en su fragilidad, dejan traslucir la gracia de Cristo, el amor del Padre y la comunión con el Espíritu, estamos ya confesando con nuestra vida la fe en el Dios Uno y Trino.

Emilio Aznar
emilio@dabar.es



«El que cree en él no será juzgado» (Jn 3, 18)

Para reflexionar

Una de las grandes aportaciones del Concilio Vaticano II ha sido la de comprender el misterio de la Iglesia a la luz de la Trinidad. En la constitución *Lumen gentium*, ante la pregunta de fondo: Iglesia, qué dices de ti misma, los padres conciliares se decantaron en primer lugar por la utilización de imágenes. Así hablamos de la Iglesia como pueblo de Dios, cuerpo de Cristo y templo del Espíritu Santo. Pero, además, por si la fuerza de las imágenes no bastara, termina afirmando el número 4 que “Así toda la Iglesia aparece como el pueblo unido por la unidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo”.

Sesenta años después, ha sido el Sínodo sobre la sinodalidad el que ha tomado totalmente en serio esta definición trinitaria en su concreción eclesiológica, llevándola al contexto de la conversión de las relaciones, por supuesto de la Iglesia con el mundo, pero especialmente de la conversión de las relaciones dentro de la Iglesia. El Documento final habla de la necesidad de una verdadera conversión relacional y afirma que la calidad evangélica de las relaciones comunitarias es decisiva para el testimonio que el Pueblo de Dios está llamado a dar en la historia. Y no se trata de una estrategia para una mayor eficacia organizativa, sino que es la forma en que Dios Padre se ha revelado en Jesús y en el Espíritu. Hasta tal punto esto es así que “Cuando nuestras relaciones, incluso en su fragilidad, dejan traslucir la gracia de Cristo, el amor del Padre y la comunión del Espíritu, confesamos con nuestra vida la fe en Dios Uno y Trino” (DF 50).

Pero las relaciones no son algo etéreo. Por eso, el Documento final aterriza la cuestión al señalar en especial la necesidad que existe de conversión en las relaciones entre hombres y mujeres. La diferencia originaria entre hombres y mujeres no implica desigualdad. Pero es importante destacar que, en una organización en la que está vetado a las mujeres el acceso al ministerio ordenado, difícilmente se comprende desde fuera, y también desde dentro, cómo vivir relaciones que respeten la igual dignidad y la reciprocidad entre hombres y mujeres, de la que habla el documento en el nº 52.

La llamada a la renovación de las relaciones resuena en una pluralidad de contextos, que,

siendo distintos, tienen en común verdaderas estructuras de pecado que influyen en el modo de pensar y actuar de las personas. Enraizados en esta dinámica, se señalan tres contextos. El primero, tiene que ver con los males que afligen a nuestro mundo (DF 54, el tercero, el de las relaciones heridas de los que sufren la exclusión y la pobreza (DF 56). El segundo tiene un especial significado en la conversión de las relaciones, el de la crisis de los abusos en sus diversas y trágicas manifestaciones (DF 55). En este punto, la directriz es clara: “La Iglesia debe reconocer sus propios defectos, pedir perdón humildemente, hacerse cargo de las víctimas, dotarse de herramientas de prevención y esforzarse por reconstruir la confianza mutua en el Señor”.

Para la oración

Dios Padre, que, al enviar al mundo la Palabra de la verdad y el Espíritu de la santificación, te has dado a conocer en tu propio ser, concédenos vivir humildemente en tu presencia, para que, en el esfuerzo por construir auténticas relaciones fraternas, nos dispongamos para reconocer la gloria de la Trinidad eterna y adorar su unidad en su grandeza y amor. Por Nuestro Señor Jesucristo.

Por la invocación de tu santo nombre, santifica, Señor estos dones que te presentamos, y transfórmanos por ellos en ofrenda permanente a tu gloria. Por Jesucristo, nuestro Señor.

En verdad es justo y necesario alabarte y darte gracias, pues tú no eres un Dios solitario, sino que vives y te manifiestas como Padre, Hijo y Espíritu Santo. De forma que lo que creemos de tu gloria, lo creemos también de tu Hijo y del Espíritu Santo. Tu misterio de unidad y, al mismo tiempo, de relación configura nuestro ser original y nos mueve a hacer del amor el motivo de nuestra existencia. Y, pues nos has creado para ti y tu misterio de comunión admirable, nos llamas a conocerte en el ejercicio de una auténtica comunidad fraterna. Por todo ello, Señor, te damos gracias y te alabamos.

Señor y Dios nuestro, que nos das gozar en este mundo de los bienes del cielo, haz que nuestra vida encuentre en ti su sentido para que un día nos encontremos en la eterna bienaventuranza. Por Jesucristo, nuestro Señor.



Cantos

Entrada. Alabaré, alabaré; Cristo nos une en torno a su altar (Erdozain); Me adelantaré hasta el altar (3ª estrofa) (Guilenau); Dios nos convoca (Erdozain); Todos unidos formando un solo cuerpo (1CLN-408); El Señor nos llama (Taulé); Dios trino (Roberto); Himno a la santísima Trinidad (Reira).

Salmo. LdS; o como estribillo, la antífona de Deiss Gloria, honor a Ti, Señor Jesús; o el estribillo Por siempre yo cantaré tu nombre, Señor.

Aleluya. Aclamemos al Señor, Aleluya; Aleluya (2CLN-E 4); Aleluya de la Tierra (Brotos).

Ofertorio. Señor te ofrecemos el vino y el pan (Goicoechea Arrondo); Quiero estar, Señor, en tu presencia (Erdozain); En torno a tu mesa (Sánchez); Como este pan (Mejía).

Santo. de Palazón; de G. Estefan; CLN 12..

Comunión. Tan cerca de mí (Luis Alfredo); Oh, buen Jesús (León de Jesús); Gustad y ved (2CNO24); Acerquémonos todos al altar (1CLN-O 24); Cerca de ti, Señor (Adams); El Dios uno y trino (Velado-Jauregui); Iglesia comunión (Zini); Sumo Dios (Te lo diamo Trinitá).

Final. Mientras recorres la vida (Espinosa) u otra canción a la Virgen; Hoy, Señor, te damos gracias (Gabarain); Gozo de la Trinidad (Zapata); Llena de gracia (Gabarain).

La misa de hoy

Monición de entrada

Reunidos para celebrar la eucaristía en el Domingo de la Santísima Trinidad, damos cabida en nuestras intenciones a los hombres y mujeres que, en la Iglesia, han consagrado su vida a la oración y la alabanza divina. Ellos son hoy el testimonio del amor de Dios que se ofrece a todos y nos enseñan que toda vida cristiana tiene su fundamento en una relación que nos trasciende y nos colma de gracia y de ternura. Damos gracias a Dios.

Saludo

La gracia del Señor Jesucristo, el amor de Dios y la comunión del Espíritu Santo estén siempre con vosotros.

Acto penitencial

Humildemente reconocemos nuestro pecado.

- Porque nos creemos autosuficientes. Señor, ten piedad.

- Porque intentamos vivir sin entregarnos. Cristo, ten piedad.

- Porque no acabamos de atrevernos a confiar solo en ti. Señor, ten piedad.

Dios misericordioso, que nos ha manifestado su verdad en el amor con que nos ha amado en su Hijo, perdone nuestros pecados y derrame sobre nosotros su Espíritu. Por Jesucristo, nuestro Señor.

Monición a la Primera lectura

En el libro del Éxodo es Dios quien toma la iniciativa. Lo hace en este caso con Moisés, con quien se cita en lo alto del monte Sinaí, sencillamente, para estar con él. La reacción de Moisés no se hace esperar y, acudiendo puntual a la cita, nos deja entrever cómo es eso de que el ser humano se relacione con Dios.

Salmo Responsorial (Dan 3)

A ti gloria y alabanza por los siglos.

Bendito eres, Señor, Dios de nuestros padres, bendito tu nombre santo y glorioso.

A ti gloria y alabanza por los siglos.

Bendito eres en el templo de tu santa gloria. Bendito eres sobre el trono de tu reino.

A ti gloria y alabanza por los siglos.

Bendito eres tú, que sentado sobre querubines sondeas los abismos. Bendito eres en la bóveda del cielo.

A ti gloria y alabanza por los siglos.

Monición a la Segunda Lectura

San Pablo ha entendido perfectamente el misterio de Dios antes de que existiera formalmente en la Iglesia una doctrina de la Trinidad. Por eso se dirige a la comunidad cristiana de Corinto, no solo con la bella fórmula de saludo que conocemos bien y que escucharemos a continuación, sino también para exhortarlos a que hagan concreta su fe en la unidad y la paz con la que han de vivir.

Monición a la Lectura Evangélica

Pocas afirmaciones, como las que Jesús dirige a Nicodemo, expresan la convicción profunda de que el sentido último de la fe es la salvación, no la condenación. Y que todo tiene su fundamento en el desmedido y desbordante amor con el que Dios ama al mundo en su Hijo Jesucristo.

Oración de los fieles

Confiados en el amor con el que Dios nos ha amado en su Hijo, unamos nuestra oración por la Iglesia y por toda la humanidad.

- Por la Iglesia de Jesucristo, para que en todo momento y circunstancia proclame transparente el amor de Dios. Roguemos al Señor.

- Por los monjes y monjas de clausura, para que por su entrega a Dios y a los demás en humildad y pobreza alcancen el gozo de la vida de la que son testigos. Roguemos al Señor.

- Para que escuchemos el clamor de los pobres y descartados, y seamos capaces de amarlos como Dios los ama. Roguemos al Señor.

- Por los que rigen los destinos del mundo, para que, con sus decisiones, busquen la paz entre los pueblos y la defensa de los derechos de los más débiles. Roguemos al Señor.

- Por nuestra comunidad cristiana, para que aprendamos a amarnos los unos a los otros y tengamos un mismo sentir, una misma misión y un mismo corazón. Roguemos al Señor.

Acoge, Señor, nuestra oración y concédenos lo que te pedimos. Por Jesucristo, nuestro Señor.

Despedida

De la misma forma que hemos sido convocados para celebrar el misterio de nuestra fe, somos del mismo modo enviados al mundo para ser testigos de lo que hemos visto, oído y experimentado. El amor siempre es difusivo. Nuestra vida ante Dios también. Por eso, vayamos convencidos a la vida de cada día. Tenemos mucho que aportar.





Dios habla

Lecturas propuestas para la Liturgia

Santísima Trinidad, 31 mayo 2026, Año LII, Ciclo A

ÉXODO 34, 4b-6.8-9

En aquellos días, Moisés subió de madrugada al monte Sinaí, como le había mandado el Señor, llevando en la mano las dos tablas de piedra. El Señor bajó en la nube y se quedó con él allí, y Moisés pronunció el nombre del Señor. El Señor pasó ante él proclamando: «Señor, Señor, Dios compasivo y misericordioso, lento a la ira y rico en clemencia y lealtad». Moisés, al momento, se inclinó y se echó por tierra. Y le dijo: «Si he obtenido tu favor, que mi Señor vaya con nosotros, aunque ése es un pueblo de cerviz dura; perdona nuestras culpas y pecados y tómanos como heredad tuya».

II CORINTIOS 13, 11-13

Hermanos: Alegraos, enmendaos, animaos; tened un mismo sentir y vivid en paz. Y el Dios del amor y de la paz estará con vosotros. Saludaos mutuamente con el beso ritual. Os saludan todos los santos. La gracia del Señor Jesucristo, el amor de Dios y la comunión del Espíritu Santo esté siempre con todos vosotros.

JUAN 3, 16-18

Tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo único para que no perezca ninguno de los que creen en él, sino que tengan vida eterna. Porque Dios no mandó su Hijo al mundo para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por él. El que cree en él no será juzgado; el que no cree, ya está juzgado, porque no ha creído en el nombre del Hijo único de Dios.

